

Por la noche, habia querido esconderse á las miradas de su marido, temiendo que en el semblante le conociera lo que pasaba en su alma; entró en el lecho como si fuera á cometer una mala accion, y permaneció inmóvil, silenciosa, despierta, con una zozobra tan grande, como si el mismo Antunez estuviera allí escondido por ella y temiera que José le descubriese.

Este, empero, nada sabia ni recelaba, y al levantarse á la mañana siguiente, besó á Clara en la mejilla y salió á sus acostumbrados quehaceres.

Clara le vió incorporarse para besarla y pasó momentos tan terribles como aquél que se finge dormido para librarse del ladron que le apunta un puñal al pecho, resuelto á clavárselo al menor movimiento.

Y en verdad que, segun se hallaba Clara, aquella ciega confianza de José era un reproche de muerte.

No habia faltado á su juramento; mas no se le ocultaba á ella que aun así era mil veces culpable de infidelidad; sus pensamientos, su amor eran para otro: si en aquellos aciagos dias hubiera sentido palpitar un nuevo sér en sus entrañas, debiera haber perecido de vergüenza.

Antunez estuvo algunos dias sin ser visto de Clara, y aun cuando ella al principio experimentaba tanta pena como consuelo, al considerar que si doloroso era el no verle mas doloroso podia llegar á ser el acostumbrarse á fomentar con su vista las amarguras que pasaba; por último, ya llegó á pensar que era demasiada su dicha, supuesto que, sin poner nada de su parte, el cielo la libraba de un porvenir temeroso.

Mas no habian de terminar así las cosas. El destino de José tenia que cumplirse.

Antunez estaba enterado del paradero de Clara y de su nuevo estado, y su aparicion nada habia tenido de casual.

Instrumento de la fatalidad perfectamente elaborado, surgió á su hora, en el momento oportuno, al caer una tarde serena y tibia.

Clara habia ido á llenar una gran vasija á la fuente. Sentóse en un poyo, y la soledad y lo apacible del ambiente parecian brindar á su espíritu la calma y el reposo.

Inclinó la cabeza cediendo á tan grato atractivo, y quedó largo rato ensimismada.

El agua rebosaba cristalina y bulliciosa de la vasija, y Clara no se movía.

Pensaba en Antunez.

Recobróse al oír moverse las ramas de unos arbustos que rodeaban la fuente, dirigió la vista hácia aquel sitio, y por entre ellas vió asomar el rostro de Antunez.

Estendió maquinalmente la mano á la jarra, pero ni acertó á levantarse para huir, ni pudo volver los ojos á otro lado.

—¡Clara! dijo Antunez saliendo de la espesura.

Ella no respondió; Antunez la cogió sin resistencia de la mano y volvió á decir:

—¡Clara!

La pobre no podía hablar: sobrecogida por la repentina aparición de aquel hombre, precisamente cuando se hallaba absorta en su memoria, el cúmulo de ideas y de sensaciones que en su interior se agitaban, la hacían enmudecer embargándole los sentidos.

Alzó por fin los ojos preñados de lágrimas, y Antunez, envolviéndola en una inmensa mirada, la dijo:

—Si la certeza de mi arrepentimiento puede hacer que me perdones parte de tu desgracia, comienza desde ahora á perdonarme, porque estoy de veras arrepentido.

A cada palabra de Antunez iba mostrando Clara mayor agitación; y al oír el acento de verdad con que aquél terminó, brotaron de sus ojos dos ríos de llanto.

Antunez dió un paso hácia ella; mas fué rechazado.

—Perdonado estás, dijo Clara, y añadió con un grande esfuerzo, vete.

—¡Me rechazas! me hablas apenas y quieres hacerme creer que me perdonas?

—Sí.

—Clara, no seas cruel conmigo.

—No lo soy, replicó ella que, de pié é inmóvil, casi no podía articular sus breves frases.

—Hace mucho tiempo que llevo conmigo el remordimiento; no

quieras, ya que Dios nos reúne, no quieras que esa grave pesadumbre acabe conmigo. Yo no puedo remediar el daño que te hice; mas tú puedes mitigar el mal que padezco. Mirame al rostro, y serena, tranquila, de todo corazón, de suerte que no me quede la menor duda, dime, Clara, di que me perdonas, que no me aborreces.

Miróle ella, contuvo un momento su agitada respiración y, dominando cuanto pudo la palabra, repitió:

—Estás perdonado.

—¡Qué hermosa estás! exclamó en voz baja y apasionada Antunez, intentando otra vez acercársele.

Clara le detuvo estendiendo la mano, y apartando de él la mirada, dijo:

—Ahora vete.

—¿Ahora? Déjame siquiera mostrarte que no hablas con un ingrato, ni con un perverso, como quizás hayas creído.

—Si eres agradecido, dijo Clara interrumpiéndole, déjame; se agotan mis fuerzas, me siento desfallecer.

En efecto, Clara había ido palideciendo, y tuvo que dejarse caer en el poyo.

—¿Qué puedo hacer yo por tí? ¿Qué puedo hacer yo para tranquilizarte? ¡oh, lo que me pesa de verte así por mi causa!

Clara en vez de contestarle, alargó el brazo indicándole con su dirección los arbustos por donde había asomado.

—¡Me despides como á un hombre odioso, como si me guardaras rencor, y sin embargo... yo desearia creer que no es cierto; que no solo me perdonas, sino que me compadesces!

—Yo, dijo Clara recobrándose, no te aborrezco, ni te he engañado. Si te arrepientes del daño que me hiciste, no me causes otro mayor.

—¿Puedes imaginarlo? Escúchame....

—Me espera mi marido, dijo Clara con resolución, poniéndose otra vez en pié.

—¡Tu marido!

Antunez clavó en Clara una mirada que penetró en la pobre jóven hasta el corazón.

—¡Tu marido! repitió.

—Te conoce, añadió ella; me quiere demasiado para que no fuera para él una gran desgracia el verme contigo.

—Te quiere mucho... murmuró Antunez con envidia.

Clara dijo que sí con un movimiento de cabeza, y cogió la vasija para volver á su casa.

—No me niegues á lo menos el agua de que bebes, ni la vasija de tu ajuar, que ya sabes que eso es gran desprecio en nuestro pueblo.

Dejóle hacer ella mientras Antunez bebía sin dejar de mirarla.

—Gracias por todo, Clara; ahora, sabe que ya no temo tu odio, porque creo en tu perdon; mas temo otra cosa peor, que es mi amor y tu indiferencia.

—Déjame ir.

—Escúchame.

—No puedo.

—Voy á decirte solamente que volveré á verte...

—¡Nunca!

—Sí, pues no me escuchas ahora.

—¡Si te he perdonado! ¡si te he oído! ¿qué mas tienes que decirme?

—Que te amo.

—¡Dios mío! exclamó Clara levantando los ojos con la misma fé que si en efecto viese al Criador en lo alto; ¡Dios mío! ¿merezco yo ser tratada así? Ya es, Antunez, mi desdicha mayor de lo que pensé hasta ahora. ¡Ah, bien temia yo que no habian de tener fin mis males! Parte, parte satisfecho. Hasta eso te perdono tambien. ¿Quieres mas?

—Quiero que me entiendas, Clara, respondió Antunez con insistencia; quiero que no te des por ofendida...

—Déjame, pues, que harto te he escuchado.

—¡Mi casa! mi marido... ¡y yo aquí!

Asió la vasija con ademan resuelto y Antunez se apartó á un lado para que pasara.

—Ahora mas que nunca necesito desengañarte, le dijo él entre tanto. Algun dia volveremos á vernos...

—Prométeme que no lo intentarás.

—No puedo prometerlo.

—¿Quieres perderme para siempre?

—¿Perderte quien daria por tí la vida?

—¡Tú!

—Si te amo, Clara, si ves que te amo...

Miróle ella con semblante donde vacilaban en revelarse por completo el desden y el enojo, y comenzando á andar sin separar de él la vista, dijole un adios frio y breve.

Antunez la vió dar la vuelta á la senda abierta desde el camino á la fuente, y volvió á meterse entre los arbustos.

Clara siguió su camino pensativa, aun no bien vuelta del asombro que aquella escena le habia causado.

Poco trecho le faltaba para llegar á su casa, y vió á su marido que la esperaba á la puerta con semblante risueño.

Levantó ella la vasija para darle á entender de dónde venia, y reflexionando que iba á brindar á José con ella despues de haber bebido Antunez, la dejó caer al suelo, donde se quebró entre dos enormes piedras.

José celebró el caso con una carcajada juzgándolo inadvertencia, y lo sazónó con frases de amistosa burla.

—Es lo mejor que has hecho hoy, le dijo al pisar ella el umbral.

—¿Por qué?

—Porque así me das una respuesta para cuando cometa yo una torpeza y tú me la echas en cara. Hasta ahora he tenido que callar á tus reprensiones; en adelante cada vez que me riñas, saldré recordándote la vasija.

La inocencia con que José hacia aquella amenaza sobre un asunto en que tan gravemente habia obrado Clara, fué para ésta objeto casi de tristeza.

Estuvo á punto de descubrir á su marido lo que le acababa de suceder, á fin de que no incurriese en la indiscrecion de volver á renovar la memoria de aquella tarde, mas afortunadamente supo comprender que mejor era que lo ignorase, y guardó silencio y no dejó traslucir cosa alguna.

Acaso se nos tache de difusos en lo que hasta ahora llevamos referido de esta historia; mas cumplia á nuestro propósito señalar detenidamente ciertas particularidades que sirven de antecedentes indispensables para formar juicio de hechos y personas, y sin las cuales es imposible determinar, por ejemplo, la culpabilidad de un hombre,

como nos sucedia en el caso presente, habiéndonos propuesto que el lector que se interesase por José, pudiese tener casi completa seguridad de no equivocarse al condenarle ó absolverle en su conciencia.

Si la violencia que hemos tenido que hacernos para apuntar hasta pormenores que podrán llamarse nimiedades, si esa violencia, decimos, ha sido molesta para el lector que busca solo ameno entretenimiento, sepa á lo menos, que no ha dejado tampoco de serlo en parte para nosotros, y tal vez le hallaremos dispuesto á la indulgencia con alta declaracion y con la promesa de no abusar así de su paciencia en lo sucesivo.

Anduvo desde entonces Clara pensativa, y aprovechando las largas horas que permanecía sola en casa, mientras José estaba entregado á las gratas faenas que le proporcionaban la paz del espíritu, la subsistencia propia y la de su mujer á quien amaba mas cada día.

Pensaba ella entre tanto si serian ciertos el arrepentimiento y el amor de Antunez. En su arrepentimiento habia creído al oírle; porque, tierna de corazon y no extinguido su cariño, deseaba creer que Antunez, ya que no la amase tanto como ella á él, fuese á lo menos un hombre digno. Además, ninguna mujer en el mundo es indiferente á la duda de que el padre de sus hijos sea ó no un malvado. A esta consideracion debemos añadir lo que ya otras veces hemos dicho: Clara no olvidaba y quizás no queria olvidar á Antunez. Delicada y sensible, con una inteligencia capaz de desenvolvimiento y presintiendo vagamente algo de las esferas sociales superiores á la suya, necesitaba, siquiera fuese en sueños, hallar un sér simpático, de apuesto continente, de voz sonora, de palabra menos ruda que la de los campesinos.

Antunez era lo que mas se asemejaba al ideal de Clara, porque tenia en su acento vibraciones, enérgicas á veces como si fuera señor del universo, y á veces melancólicas y tiernas como si fuera un paje apasionado.

El espíritu de Clara vivia en un mundo extraño; su marido era bello de corazon; á ella no se le ocultaba, y mil veces se habia censurado á sí misma porque no daba á la belleza superior, sobre todas excelente, el precio que daba á otras cualidades de menor valía.

Pero al fin era una pobre muchacha del campo, que no se habia

educado entre teólogos y moralistas; ni habia recibido otra crianza que el efecto de los objetos exteriores en su corazon y en su entendimiento.

Gran muestra de debilidad es la de entregarse á las quimeras que la hacian ludibrio de sus fantásticas impresiones; mas tambien seria gran dureza condenar á Clara por haber sido débil y no haber tenido la buena suerte de hallar amparo ni escudo que la defendiese.

Ello es que Clara no habia pensado en faltar á su juramento; pero pensaba siempre en Antunez y es mas, le amaba; sí, le amaba sin duda, porque siempre que se demostraba á sí misma que él estaba verdaderamente arrepentido, sentia en su corazon un grato consuelo; y cuando se demostraba tambien que aquel «yo te amo» dicho en la fuente, podia ser la espresion de un cariño tan profundo que ni el tiempo, ni la ausencia ni el ser ella ajena, habian podido vencerle, entonces ¡oh! entonces se sonreia como un niño á quien le prometen que volverá á ver á su madre en el cielo.

¡Estraño caso! Clara en la fuente se habia llenado de pavor al oir ciertas frases de Antunez y despues, allá en la soledad de su casa, procuraba recordarlas con toda exactitud y se las repetia renovando en su memoria el tono con que él las habia pronunciado. Clara se persuadió de que su amor á Antunez era un afecto enteramente distinto del que debia á su marido, y por mas que al principio tuvo que vencer algunos escrúpulos, al fin supo vencerlos. ¿No tenemos todos una teoría completa para justificar nuestras debilidades? Sí: en esta materia no hay sabios ni ignorantes, tan hábil es el labrador como el filósofo.

José hubo de notar un dia que Clara padecia frecuentes distracciones, y el pobre huérfano se equivocó como todos los desgraciados. Era su sueño dorado la idea de la paternidad, y conmovido por la esperanza de una nueva que le habria enloquecido de gozo, hizo á Clara una pregunta que la ruborizó. El, viendo desvanecida su ilusion, la aconsejó afectuosamente que mirase por su salud, y no volvió á hablar una palabra del asunto.

Llegó entre tanto cierta ocasion en que José y otros muchos vecinos del pueblo tuvieron que ir á trabajar á distancia de mas de tres leguas, de manera que muchos de ellos trasladaron parte de su

ajuar al sitio donde se hacian los trabajos, para ahorro de tiempo y fatiga, y otros, como José, salian de su casa muy de madrugada y no volvian hasta la noche.

A los dos dias de suceder así las cosas, hallábase Clara en lo mas retirado de la casa. Hacia un sol abrasador, nadie transitaba por el pueblo, y todas las puertas y ventanas estaban entornadas, medio poco eficaz, pero el único de que se podia echar mano para no perecer á los rayos del sol canicular.

Todo era calma y silencio en la vastisima y árida llanura que no abarcaba la vista.

De pronto llamaron á la puerta, que cedió, y oyó Clara decir al mismo tiempo. «Ave María Purísima.»

Sin tiempo para levantarse ni responder una sola palabra, se presentó á sus atónitas miradas su inolvidable Antunez.

—¡Tú aquí! exclamó en el colmo del asombro.

—Yo soy, replicó él volviendo á entornar cuidadosamente la puerta.

—¡Antunez, por amor de Dios...!

—Nadie me conoce en el pueblo.

—¡Antunez!

—Nadie me ha visto.

—¡Señor! ¡Señor!... ¡tú aquí! ¿es para perderme? ¿es para volverme loca?

—Por Jesucristo, Clara, que te tranquilices.

—Es imposible. Sal, Antunez, sal de esta casa, que es de mi marido. Yo no tengo nada que oír, nada que saber; ¡déjame si no quieres verme mas que nunca desgraciada!

—Te juro, Clara, que por mí no volverás á serlo, dijo con acento de veracidad Antunez; te juro que cuando me recuerdas tu desgracia cuya causa fuí, erés conmigo hartamente injusta y me castigas con una dureza que no merezco y de que hoy dia no fuera yo capaz para con nadie.

—Pues bien, déjame, repuso Clara, bajando tambien la voz; déjame; no sé lo que me digo; no sé lo que me pasa, Antunez; no soy dueña de mí misma. Yo te lo suplico, sal de aquí... no importa que te vean; con tal que salgas pronto; que recobre yo el juicio que pierdo.

—¿De verme á mí, Clara?

—De miedo, de zozobra... ¿que sé yo? No ves que soy una pobre mujer que debo mirar por mí, por mi marido...? ¿No comprendes todo lo que te diría, si no estuviese tan turbada? Pero, ¡Dios mio! ¿me quieres ver morir aquí?

—Serénate Clara, y concédeme un momento. No me achaques intenciones de loco...

—Sí, sí, ya lo sé, dijo Clara procurando en vano serenarse; pero ¿qué quieres? ¿qué he de decir yo sino desaciertos mientras no te vayas?

—Es decir, exclamó Antunez en son de queja, que mi presencia es para tí un tormento; que tu razon se trastorna solo al verme; mal has hecho, si tanto me aborreces, en no habérmelo dicho claramente.

—Si no es verdad, Antunez, ¡si no te aborrezco, no! Yo no sé que temor me asalta; pero, aunque no es por odio, créeme, no debes estar aquí. Ya me hablaste, ya te escuché, ya todo ha concluido entre los dos.

—¡Todo! Para tí, sí, bien lo veo. Para mí... no. No quiero obrar en tu daño, dime de una vez que me aborreces por mi villana conducta, y me verás salir, y ni tú ni nadie me verá volver. ¿Qué le importará á la gente que Antunez se arroje de un tajo?

—Mira, Antunez, dijo con alguna entereza Clara; dos veces me has sorprendido presentándote de improviso á mi vista; me has dicho cuanto tenias que decirme y yo á tí tambien. ¡Me dijiste que me amabas... Dios te lo pague; de corazon se lo pido! ¿Puedes esperar mas de mí?

—Sí.

—¡Cómo!

—Que no solo no me aborrezcas, sino que me ames.

—¿Estará loco? dijo Clara estremeciéndose.

—Tal vez. Es locura ofrecerte toda mi vida, todo mi amor, el fruto de mi trabajo, mis pensamientos...

—No prosigas, Antunez, ni te ofenda lo que voy á decir, ya que á ello me obligas. Sola, triste, abandonada y hecha escarnio de la gente, cubierta de luto y de vergüenza, acepté de un hombre bueno,

muy bueno, lo que hoy vienes á ofrecerme. Tú lo sabes; ¿á qué vienes, pues, á brindarme con lo que no puedo aceptar?

—Yo sé que si me amaras, no te acordarias de lo pasado, ó podrias en tí el cariño que las demás consideraciones. ¿No las atropellaste cuando me querias de veras?

—¿Y has pensado que ahora, como estoy, podia quererte?

—Mas difícil me pareció en algun tiempo que llegases á olvidarte de mí y casarte con otro. Y al fin lo hiciste.

—¡Ah! qué mal haces Antunez en pensar así! Querrias que arrojase eternamente los desprecios de las que habian tenido mejor suerte que yo; querrias que hubiese olvidado, no solo la necesidad que tenia de amparo, sino tu conducta conmigo, tu burla, tu desprecio, tu desamor... tu desamor que me devoraba de pena, dijo Clara cubriéndose el rostro con un pañuelo; cuando creia que tu accion era una locura, sobre todo en tu daño, porque, Antunez, te lo digo como si se lo dijera á Dios: en vez de maldecirte ó de despreciarte siempre, te tenia lástima cuando pensaba que ninguna mujer te habia de amar tanto como yo, que, á pesar de todo, no te habia de olvidar mientras viviese.

—¡Bien se ha visto!

—¡Y no lo cree! exclamó Clara con sentido acento.

Antunez quiso leer la verdad en su semblante y lo vió surcado por el llanto. Iba á hablar, mas ella se apresuró á decirle:

—Harto imprudente he sido, Antunez, harto te he dicho, harto has estado aquí. Solo por tí he podido olvidar mis deberes hasta el punto de poner á riesgo la tranquilidad de mi marido. Vete ya, pues nada tienes que decirme.

—Clara, replicó él, si la pasion no me ha quitado el sentido, creo que todavía puedo ser dichoso en la tierra. Hago todo lo que me mandes si me respondes lealmente á una pregunta. Te estoy mirando á la cara para que no se me escape un átomo de verdad. Voy á salir de tu casa: respóndeme antes: ¿me amas todavía?

—¡Yo! exclamó Clara turbada.

—¿Me amas todavía? repitió Antunez con la vista clavada en su semblante. Contéstame y me verás salir inmediatamente.

—¡Antunez, Antunez! dijo ella con voz entrecortada, vete por Dios,

vete... seguro de que siempre te he amado. No vuelvas á verme, no vuelvas á hablarme nunca. Soy muy desgraciada ¡mucho! No soy ingrata con José; bien lo sabe Dios, que sabe tambien lo que te amo. ¡Adios, Antunez, adios, ten lástima de mí!

Antunez habia seguido ijadeando todos los movimientos de Clara; cruzó las manos, señal del vehemente gozo, cuando la oyó decir que le habia amado siempre: al terminar ella encomendándose á su piedad, dió un paso hácia la puerta y con gravedad solemne dijo:

—Fuera ó no locura el abrigar esperanzas, yo esperaba que no me olvidarias. Solo tú lo sabes y mi hermano. Me amas, Clara, pero no conoces toda la inmensidad de mi amor, quieres que te tenga lástima y no pides en vano. Adios. Volveré por tí.

—¿Qué dices Antunez?

—Que no puedes ser feliz con Pepe, ni él contigo. Yo labré tu desdicha...

—¡Insensato! ¿Quieres labrar ahora la del hombre á quien tanto debo?

—Yo solo pienso en tí.

—Y yo en tí para que no cometas una villanía.

—Volveré por tí, Clara. Adios.

—Por la Virgen Santísima, Antunez, ceja en tu temeridad.

—Si te dejo en esa vida de angustias que estás pasando, quiero que Dios me castigue: mira si estaré resuelto á hacer lo que te he dicho.

—¡Ay! no quieras que nos castigue á los dos, que ya lo merecemos.

Antunez, Antunez, míralo bien, desventurado. Con solo dar motivo á José para que sospeche, para que recele... ¡Dios mio! me horro-rizo de pensarlo ¡qué infamia seria! ¡yo, sobre todo yo...!

—Clara...

—¿No es cierto que tú tambien piensas así?

—Te amo; volveré. Adios.

Antunez fué en derechura á la puerta; Clara iba á hablar mas aun, pero él la abrió para salir, y antes de desaparecer de su vista, repitió:

—¡Te amo!

¡Pobre Clara! ¡Qué confusion la suya! Momentos hubo en que creyó haber soñado otras veces lo que le estaba aconteciendo. No cabia en su mente que aquello fuera un suceso real y verdadero:

Temiendo estaba que de un momento á otro volviese Antunez y se viese envuelta en un conflicto terrible, perdiendo para siempre la estimacion que habia logrado inspirar á su esposo, perdiéndolo todo, hasta á Antunez mismo, á quien amaba quizás sobre todas las cosas y mas que á su propia vida.

Presintiendo que no podria mirar á José cara á cara; que su agitacion mal disimulada la venderia, no se atrevia á decirle lo que le pasaba, y al mismo tiempo se echaba en cara como un delito su silencio.

Bien imaginaba lo mucho que iba á padecer al verle entrar con apacible sonrisa, cansado de las rudas tareas y del largo camino; bien imaginaba que iba á padecer mucha vergüenza al verle discurrir sereno y alegre sobre los asuntos domésticos; al recibir de él una caricia..... ¡jella! que acababa de cometer tan grave delito confesando á otro hombre que le amaba..... Mas ¿qué valian esos recelos, qué eran esos temores comparados con los que la habrian asaltado si hubiese podido leer en el libro de su destino?

Llegó José mas tarde que nunca, no risueño y alegre como solia, sino descompuesto y ceñudo el rostro, torva la mirada, revelando gran desasosiego.

Sentóse como tenia costumbre frente al sitial de Clara, que, sin hablar palabra, le contemplaba atónita, y en vano intentó calmar la agitacion de su pecho.

La pobre y rústica morada de los dos esposos, vulgar y ordinaria como todas las del pueblo, estaba en aquella ocasion engrandecida por la solemnidad; el silencio mismo tenia algo de grandilocuente y la trémula luz de la estancia, cuya débil llama oscilaba á merced del aire, alumbraba, ora á José, ora á Clara, dejando á intervalos en completa oscuridad parte de la estancia, de tal suerte que aquellos seres parecian surgir cada uno á su vez de la nada, como espectros fatídicos.

José esperó que rompiese Clara el silencio, mas no pudo contenerse, y con voz entrecortada por el sentimiento y la ira prorumpió:

—Antunez ha estado aquí.

Clara se sintió penetrada de un frio glacial.

—¡Ha estado aquí! repitió José, y tú no me lo has dicho.

Clara quiso balbucear una excusa: bien lo dió á entender su ade-

man; pero no hizo mas que mover los labios: no pudo articular palabra alguna.

Por otra parte, tampoco José habria dejado que hablase. Advirtió el movimiento de su mujer y siguió diciendo:

—Sé lo que ibas á decirme. Querias buscar un rodeo para no sorprenderme desagradablemente; para evitar que mi primer movimiento fuese de ira ¿no es verdad?

Clara mirándole en los ojos como idiota, hizo un movimiento maquinal de afirmacion.

Sonó en medio del profundo silencio un rechinamiento de dientes; José se habia levantado de un salto llevando la diestra á un hacha que al entrar arrimara á la pared, y agarrándose fuertemente del cabello con la otra mano, exclamó con voz gutural apenas perceptible:

—¡Cómo mientes, infame, cómo mientes!

Clara, al sobresalto de ver la actitud de su marido, levantó de pronto las débiles manos en alto y quiso dar un paso atrás; flaqueáronle los piés y volvió á caer en su asiento.

José soltó el hacha, aplicó al hombro de Clara su nervuda mano y sacudiéndole el cuerpo inerte, con los labios pegados á su oido dijo:

—No se te logrará la infamia que habeis concertado muy despacio, porque antes morirás á mis manos. Antes que hoy, hace ya dias, le viste, le hablaste, nada me dijiste ¡y él ha vuelto!

¡Aquí! añadió soltando á Clara y recorriendo la habitacion de una mirada; ¡aquí estuvo hoy Antunez porque tú has querido; ha venido á verte, como la otra vez, cuando yo estaba ausente; porque él es tan ruin y tan bajo como tú! Ahora te callas y á él le dirias que le amabas; que eras muy desgraciada conmigo ¿no es verdad? que tú has nacido para él ¿no es verdad? que yo no era digno de tu cariño ¿no es verdad, serpiente venenosa.....? ¡Oh mujer malvada! ¡Oh perversa! ¡Yo creia haberte honrado casándome contigo, y no puede ser; la honra no se te pega!

La risa del sarcasmo entreabrió los secos pálidos labios de José, que ijadeando, casi convulso, contempló entre tanto de soslayo y con siniestra mirada á Clara. De pronto bajó la cabeza, y sosteniéndola con ambas manos, prosiguió como si hablara para sí:

—Y yo entre tanto, ¡necio!..... yo pensando en ella..... ¡solo en

ella, como todos los días! Yo queriéndola como á mi propia vida.... ¡mas que á mi vida! Yo, ciego, empeñado en creer que su corazon era hermoso como su fementido semblante; repitiéndome que era un ángel....! ¿Qué hácia yo que no fuese para ella? Yo habia llegado á vencer la verdad por ella. La memoria me traia al pensamiento su primera juventud, sus brutales amores con Antunez, y yo siempre habia dicho: ella no tuvo culpa; pecó por ignorancia.... ¿qué sé yo? cómo la amaba tanto.... Si me hubieran preguntado si creia á mi madre capaz de haber cometido una falta semejante, yo habria dicho que sí. ¡Hasta esa locura me habria llevado mi ceguedad! Y ella....

Volvióse á mirar á Clara y prosiguió:

—Y tú.... ¿qué pensabas? ¡infamias! Mira: el pordiosero agradece un harapo y tú no agradeces la honra que quise darte para cubrir tus liviandades; ¡mira tú lo que vales! Si fueras capaz de sentimientos buenos, ya te habrias muerto.... ó no habrias hecho lo que has hecho conmigo. Yo te amaba, yo te compadecia; yo te queria con delirio.... no me avergüenzo de lo que voy á decirte, no; la vergüenza es para tí: yo te contemplaba dormida y pensaba: ¡si mi madre viviera y estuviese á tu lado....! ¿lo oyes? mas bien por tí que por mí me acordaba de aquella santa mujer. ¡Por tí....! pero ¿sabes quién eres tú? ¿Qué eres tú al fin y al cabo? una mujer perdida, perdida; la única mujer perdida que habia en un pueblo; una mujer que deshonró á su familia; que no podia salir de su casa, porque nadie la queria á su lado, y la señalaban con el dedo á los forasteros, que la miraban desvergonzadamente y la escarnecian ¡yo lo he visto! eso eras tú. Eres hipócrita; fingias gran pesar de verte despreciada; ¡mentira! á tí ¿qué te importaba que te despreciaran ó no? Yo... ¡yo nací para desdichas! Te hablé como amigo, te hablé como hermano, quise casarme contigo.... Cuando pienso en la maña con que quisiste aparentar que procurabas disuadirme de mi empeño.... Al fin llegué á ser tu marido, te saqué del pueblo y viví para tí sola. ¿Ves tú si eres infame? pues yo decia tu nombre y el corazon se me llenaba de dulzura; yo queria trabajar porque mi trabajo era tu descanso; yo deseaba tener salud para que no carecieses de nada; yo estaba loco, porque te comparaba con las mujeres mas honradas y buenas y decia: mas vale mi Clara. Yo estaba loco sin duda; porque me

enorgullecia tu fingida bondad y hoy mismo... ¿Por qué he sabido yo hoy tu traicion? Porque he hablado de tí delante de un hombre que te conoce; porque Diego Antunez sabe todo lo que hace su hermano; él me lo ocultaba; pero es murmurador y beodo y ha oido alabanzas tuyas en mi necia boca, y el vino le ha hecho hablar. ¡Y por tí he abofeteado la cara de un hombre!.... Por esa mujer, prosiguió volviendo la espalda á Clara y levantando los ojos al cielo, ¡insensato! ¡Y yo queria tener hijos de ella! Y si ella me hubiese dicho: vivamos como hermanos, yo habria sido tan sándio que me habria dejado vencer con lo mucho que la amaba. Por este esceso de amor puedes calcular cual será ahora mi odio y mi desprecio. No imagines que voy á hablar en son de queja mujeril; que soy muy hombre para todo; mas te he decir, para que lo sepas, el daño que has hecho.... Pero ¿quién seria capaz de saberlo decir ni á que cuento? Me has hecho odiar las horas que en tí he pensado; me has hecho odiar la existencia; he vuelto á odiar mas que nunca á todos los que me han hecho padecer en este mundo, cuando ya no me acordaba de ellos; cuando por tí los habia perdonado; me has hecho avergonzar de mi torpeza en quererte y en haberte tenido en mi casa ¡yo que no tenia nada por que avergonzarme.... Todo' este daño ya está hecho y aun has hecho otros ... porque ¿tú crees que vamos á vivir? ¿Tú crees que has de salir cautelosamente de casa y huir con Antunez, segun el concierto que teneis hecho? No. No, prosiguió con amarga sonrisa y contemplando el hacha que estaba á sus piés: esto acabará... como yo sé.

Levantóse con un hondo gemido el pecho de José que se sentó en su sitial, y apoyando el codo en la mesa y la mejilla en la mano, se puso á mirar á Clara de una manera singular.

Al pronunciar las últimas palabras indudablemente pensaba en la muerte de ambos que su imaginacion rodeó de circunstancias horribles. Intimamente enlazado á esta idea, se levantaron en su memoria los recuerdos de su amorosa vida con Clara, de su plácida existencia, blandamente mecida por la confianza, acompañada de gratas esperanzas, no interrumpida hasta entonces por sinsabor alguno. Por muy penetrado que estuviese de la infidelidad de Clara, el pensar en perderla y en que habia de acabar á sus manos, sumergió su corazon en desconuelo. Acaso en aquel instante mismo una voz secreta le repro-

chaba la crueldad con que se habia cebado en una débil mujer; porque José, además de su natural dulzura, respiraba, como ya hemos dicho, nobles sentimientos.

Clara habia pasado por todas las amarguras imaginables durante la esplosion de ira de su marido. Mas de una vez la habian abandonado las fuerzas, y desfallecida en su asiento, solo sentia que le zumaban los oidos y que todo daba vueltas al rededor suyo. Recobrábase un poco, y las palabras de José levantaban en su corazon un tumulto de afectos; lágrimas de vergüenza, amarga hiel, brotaba de sus entrañas sin que hallasen el camino de los ojos; quiso interrumpirle y no pudo; quiso arrojarle á sus piés, y no tuvo aliento para moverse; quiso morir y en vez de extinguir su vida, los esfuerzos de la voluntad solo conseguian avivar momentáneamente sus sentidos para que oyese los insultos de José y viese su rostro airado contra ella. Exánime al fin, se resignó á su horrible castigo, y quedó inmóvil hasta mucho despues que José hubo dejado de hablar. Poco á poco, cual si despertara de una angustiada pesadilla, fué volviendo en sí. Dirigió su primera mirada á su esposo, y en aquel momento no se acordó para nada de las amenazas ni de los improperios que este le habia dirigido: se acordó solo de que era en efecto muy desdichado y tuvo lástima de él. Como si hubiera muerto y desde otra region puramente espiritual viese las cosas de la tierra, irradió su semblante embellecido por una extraordinaria sensacion; púsose en pié con un gracioso y suave movimiento, y ligera, aunque pausada, anduvo la mitad de la distancia que de su marido la separaba. Algun prestigio habia en ella, cuando José se sintió dispuesto á escucharla, sobrecogido de admiracion, de pasmo ó de una curiosidad insensata, que él nunca se supo explicar lo que era.

Dejó Clara caer los brazos sin que se separasen las manos que tenia cruzadas, y mirándole á él con piadosos ojos, meneó repetidas veces la cabeza, que tenia inclinada á un lado.

José se sintió inferior á quella serenidad, á aquella compasion, al abandono de la mujer que sin miedo se ponía al alcance de su hacha.

— José, comenzó á decir Clara, y comenzaron á correrle las lágrimas por el rostro. José, repitió, me has llamado infame, hipócrita...



desagradecida; me has dicho que yo habia sido la única que en mi pueblo hizo avergonzar á su familia... Podias matarme, José; pero ¡hablarme así...! Al fin tú solo tienes derecho á decirme la verdad por amarga que sea; pero yo no soy la que has dicho; yo no te he mentado; si creyeras algun resto de virtud en mí, te juraria por la madre de Dios que no te engaño.

José amaba todavía; aquellas palabras consoladoras, aquel acento amado no podian serle indiferentes, aun cuando no hubiese vibrado en ellos el encanto de la sinceridad. No se habia apaciguado el rencor de su pecho; pero tampoco habia acabado para siempre en él la amorosa pasion en que por tanto tiempo cifrara todos sus goces, y entre la lucha de los opuestos afectos siguió atento, ávido, prestando oido á Clara. ¡Si ella hubiera sabido desvanecer la borrasca que corría el atribulado espíritu de José!

Por desgracia, cuando él se hallaba en aquel estado de zozobra, Clara prosiguió diciendo:

—Aquí ha estado Antunez.

José hizo un movimiento de cabeza como si preguntase á alguien si debia tomar por una provocacion aquellas palabras, al propio tiempo que sentia en su interior como si cayesen estrepitosamente las esperanzas que se habian levantado en su ánimo al ver la actitud y las lágrimas de Clara.

—Sí, prosiguió ella, en eso no ha mentado su hermano. Otra vez le ví, tambien es cierto, no en tu casa, sino en la fuente una tarde que le ví aparecer de improviso. Díjome que estaba arrepentido del mal que me habia causado; pidióme que le perdonase, y le perdoné.

Aquí Clara cuya respiracion se hacia difícil, tuvo que hacer una breve pausa. Recobró el aliento y prosiguió:

—Nada tengo con él concertado; mintió su hermano, sin duda porque no era dueño de su palabra; José, no fies mas en el dicho de un beodo que en el juramento de tu mujer. ¿Puedo esperarlo así?

José no respondió.

—Yo soy una muger, siempre débil, José, que, culpable ó no, te ha merecido mucho cariño: ¿crees que puedo proponerme hacerte caer en engaño?

José no interrumpió su silencio.

—Es verdad que tuviste lástima de mi desdicha; es verdad que echaste sobre tí el grave peso de cubrir con tu nombre una falta que yo habia cometido por exceso de confianza; pero el hermano de Antunez sin duda te ha dicho que yo era una mujer perdida y tú me lo has repetido. ¿Era yo una mujer perdida en mi pueblo y despues has deseado tú que esa mujer fuera madre de tus hijos? Ya sé yo que no soy tu juez; pero si hubieses abrigado tan bajo deseo, deberias ser indulgente conmigo, que, aun siendo cierta la falsedad del concierto que me atribuye el hermano de Antunez, seria menos culpable que tú.

No, no es verdad que tú me hayas tenido en tan mal concepto hasta que tu desdicha te ha obligado á dar crédito á un hombre bebido.

Tú sabes que amé á Antunez, sabias que no le aborrecia; la desgracia te ha hecho desconfiado, y hoy has creido que bastaba ser en tu daño, para que hasta yo misma te ayudase á perjudicarte.

Yo creí que si algun dia llegabas á saber que habia visto á Antunez y no te habia hablado de él, me lo agradecerias. ¿Para qué te lo habia de decir? ¿Con qué objeto? ¿Iba á ganar algo con ello la tranquilidad de tu espíritu, la seguridad de tu honra? ¿Debia ser yo la que te recordase su nombre? ¿Sentaba bien ese nombre en los labios de tu mujer? ó ¿crees acaso que ahora mismo no me cuesta nada pronunciarlo?

José continuaba atento, pero inmóvil y silencioso.

Clara le dió tiempo para que pudiese responder, y viendo que no abria los labios, prosiguió diciendo:

—Antunez no me ha hablado una palabra de amor.

Grande, inmenso fué el esfuerzo que hizo Clara para mentir en ocasion tan solemne; pero comprendió que no debia levantar entre su marido y su amante un odio que evidentemente habria clamado por la sangre de uno de los dos.

—Diga lo que quiera su hermano, Antunez vino á confesarme sus remordimientos y á pedirme perdon. Yo debia oirle: en vez de echarle de mi lado con recriminaciones, le escuché y le dije que se fuera perdonado. ¿Qué mas podia hacer?

—Nada, respondió José, rompiendo al fin su silencio, y no pu-

